

Los museos antropológicos y la mirada del cacique de una comunidad ranquel

En el siglo XIX se incrementó el interés de los científicos europeos por la diversidad biológica y cultural de las sociedades nativas de otros continentes, que sufrían drásticas transformaciones ocasionadas por el colonialismo. Una emergente ciencia antropológica, asentada principalmente en los museos de ciencias naturales, procuró recopilar datos y coleccionar objetos, restos humanos y hasta especímenes vivientes con el fin de conocer las características raciales –para emplear el término de la época, hoy excluido– de dichas sociedades. Se confeccionó así un inventario de la diversidad humana que incluía mediciones corporales, fotografías e información geográfica y lingüística, con los que se fue conformando el campo de conocimiento de la antropología biológica.

Esa colección de restos humanos fue habitual en los grandes museos científicos decimonónicos, que imponían su visión en los espacios sometidos al control político y económico de las naciones colonizadoras. Contribuían a

ello naturalistas que acompañaban las expediciones militares, exploraban territorios, elaboraban mapas, excavaban tumbas y, a su vez, recogían rocas, plantas y animales.

El Museo de La Plata procedió de manera similar. Su fundador, Francisco P Moreno, funcionario del naciente Estado argentino, participó de muchos viajes de exploración que le permitieron formar colecciones de restos humanos mediante exhumación, compra, intercambio con museos europeos, negociación con comunidades y donación. Estanislao Zeballos, por ejemplo, le donó una colección de cráneos que incluía los de Mariano Rosas y Juan Calfucura, extraídos de sus tumbas, y del cacique Ghernal, recogido en el campo de batalla. Moreno, además, albergó en el museo a indígenas tomados prisioneros en las campañas militares de ocupación de las pampas y la Patagonia entre 1879 y 1885. Algunos fallecieron allí y sus cuerpos pasaron a integrar las colecciones, entre ellos los de Modesto Inacayal, de su mujer y de Margarita Foyel, mapuches-tehuelches del Chubut y Río Negro, lo mismo

¿DE QUÉ SE TRATA?

Antropólogos y miembros de comunidades indígenas reflexionan sobre los restos mortales de aborígenes conservados en museos y sobre su devolución a los grupos que se consideran sus descendientes.

que Maish Kensis, yámana, y Tafá, alacaluf, ambos de Tierra del Fuego.

Finalizada la guerra de conquista de los territorios indígenas por el gobierno nacional e instalada en el país una política de asimilación, los mencionados despojos humanos perdieron su carácter de ancestros de miembros de comunidades diferenciadas, se fue disipando el interés por coleccionar esa clase de testimonios y se oscureció en la memoria institucional el proceso de apropiación de cuerpos.

Si bien los métodos descriptos se abandonaron hace poco menos de un siglo, para la ciencia occidental los restos humanos continúan siendo fuente de conocimiento. Para la antropología biológica, que procura comprender la diversidad de la especie humana y reconstruir su pasado, cada sujeto es igualmente relevante.

Por otra parte, en la Argentina así como en muchos otros países los descendientes de aquellos indígenas que habían sido objeto de las políticas de conquista fueron tomando conciencia de los procesos históricos y de la cultura de sus ancestros y pusieron en marcha acciones de reivindicación. Una de ellas fue reclamar la restitución de los restos depositados en museos.

Un pedido de restitución puede producir tensiones en los científicos y directivos de la institución que lo recibe. Cuando se concreta, queda en la comunidad académica la sensación de pérdida de una fuente de conocimiento, porque si bien nadie duda de que su obtención se produjo por medios actualmente inaceptables, proporcionó y puede seguir proporcionando un saber sobre los pueblos originarios que contribuye a restaurar identidades, conocer el pasado, hacer visible la desigualdad social y posibilitar reparaciones históricas.

Una restitución, sin embargo, además de repercusiones científicas, debe ser vista en el contexto de las prácticas políticas y religiosas en torno de los muertos, la identidad de los descendientes, su patrimonio espiritual y sus derechos. Lo que para el científico son esqueletos o colecciones, para esos descendientes puede representar la corporalidad de los ancestros, despojos portadores de espíritus o muertos fuera de sus sepulturas. Son en muchos casos la evidencia material de la destrucción violenta de modos tradicionales de vida y hasta de genocidios.

Mariano Rosas y Nazareno Serraino

Mariano Rosas, conocido entre los suyos como Panghitrutz Güer, era miembro de una dinastía ranquel, los Guor, que ocupaba territorios de la zona de Leuvucó., hoy en la provincia de La Pampa. En 1834, con unos nueve años, fue tomado prisionero y puesto bajo el cuidado de Juan Manuel de Rosas, quien lo apadrinó y le dio su apellido.



Nazareno Serraino en 2001, en el acto de devolución de los restos de Mariano Rosas.

A los veintidós años se fugó y regresó a Leuvucó, donde sucedió como cacique a su hermano Calvaiñ y se convirtió, junto con Baigorrita, en uno de los caciques de mayor prestigio y autoridad entre los ranqueles. Murió de viruela en 1877, poco antes de que el ejército desplazara a su pueblo de sus asentamientos. Fue exhumado por disposición del coronel Eduardo Racedo, quien entregó su cráneo a Estanislao Zeballos y este lo donó a Moreno en 1889.

En 1989 el Museo de La Plata recibió un pedido formal de restitución de los restos de varios caciques, entre ellos Mariano Rosas, pero la institución no avanzó con la petición. En 1999 un descendiente directo de este, con apoyo de diversas comunidades ranqueles y del gobierno de la provincia de La Pampa, reiteró la demanda. En junio de 2001 los restos mortales de Mariano Rosas partieron del museo y fueron sepultados en Leuvucó en una ceremonia que tuvo amplia concurrencia, incluido Adolfo Rosas, descendiente de Mariano. Yo asistí como integrante del museo. Era en ese momento estudiante de doctorado en antropología biológica y trabajaba con restos humanos de diversos orígenes. Desde entonces intervine en la resolución de distintos reclamos de restitución de restos y en situaciones de investigación y de su exhibición en museos.



Mausoleo de Mariano Rosas en Leuvucó.



Nazareno Serraino.

Estas experiencias me llevaron a preguntarme qué ocurre luego de una restitución, tanto en las comunidades aborígenes como en la vida de otros actores sociales vinculados con ellas. Con esta inquietud, tuve en enero de 2015 una conversación con Nazareno Serraino (nacido en 1976), cacique de la comunidad Rosa Moreno Mariqueo, receptora de los restos de Rosas. Integrada por seis familias, está radicada en Victorica, en la provincia de La Pampa, y es una de las veinticuatro comunidades que integran el consejo provincial de *lonkos* o caciques.

Serraino es maestro y coordinador provincial de educación intercultural bilingüe. Sobre su identidad ranquel, cuenta: ‘Mi papá y mi mamá hablan en español perfecto. Yo aprendí a hablar en español. Aprendí a hablar ranquel de mi abuela Rosa Moreno Mariqueo y de Daniel Cabral. Con mi abuela aprendí palabras. En el colegio me hicieron hacer una monografía, elegí los ranqueles como tema, y tuve un despertar. Tuve también una rebelión típica de la adolescencia. Luego empecé a estudiar magisterio. Cuando participé en un taller de historia regional me volví a interesar por la lengua ranquel. Hice un proyecto para enseñarla y por eso me conecté con Germán Canuhé [importante referente político del pueblo ranquel, fallecido en 2012]. Tenía dieciocho años y empecé a militar en los movimientos indígenas’.

Nazareno comenzó a enseñar la lengua ranquel, pero la falta de un alfabeto de referencia dificultaba esa enseñanza y la escritura. Eso lo llevó a colaborar con otros dirigentes en la elaboración de un alfabeto adaptado a los sonidos específicos del ranquel. Junto con el men-

cionado Cabral, que era docente, preparó un manual de dicha lengua. Obtuvo la colaboración de especialistas de la Universidad Nacional de La Pampa, que lo publicó en 2013 (<http://www.unlpam.edu.ar/index.php/68-secretarias/secretaria-de-cultura-y-extension/editorial-edunlpam/catalogo-edunlpam/extension-universitaria/335-curso-de-ranquel>).

La visión de un cacique actual

Para Nazareno Serraino la restitución de los restos de Mariano Rosas marcó ‘un antes y un después en la vida social y política del pueblo ranquel. El pueblo pampeano negaba los indios y, desde ese momento, en La Pampa se habla de los ranqueles. Logramos recuperar una identidad que el pueblo pampeano negaba y, a partir de ahí, reorganizar caciques, capitanejos, comunidades, familias dispersas’.

En torno al mausoleo en que había sido sepultado Rosas, los ranqueles construyeron un espacio ceremonial, que devino sede de reuniones periódicas. En 2001 los Borthiry, una familia local, donaron dos hectáreas alrededor del mausoleo, en las que se creó el parque indígena Leuvu Co, que significa ‘tierra de ranqueles’. Así, la restitución promovió la movilización de la comunidad y el fortalecimiento de sus vínculos afectivos, y contribuyó a transformar la interpretación de la sociedad pampeana de una parte de su pasado.

Cuando le pregunté si los activistas de derechos indígenas se proponen presentar nuevas demandas de devolución de restos, Nazareno respondió: ‘Imaginemos que

el Museo de La Plata o el Etnográfico [de la UBA] quiere devolver todos los restos indígenas que tienen, ranquel o no ranquel; lo correcto es volverlos a la tierra, nadie lo discute, pero ¿qué hacemos nosotros con los restos si no tenemos ni siquiera un pedacito de tierra que esté destinado para su entierro? Ni siquiera sabríamos dónde porque no hay un pedazo de tierra de la nación ranquel en La Pampa, excepto por las dos hectáreas de Mariano que ya están destinadas para ser un *rewe* [espacio ceremonial mapuche], con una función social entre los ranqueños. Si el gobierno de La Pampa nos restituyera algunas hectáreas de los mejores caldenes, eso cambiaría todo'. Su afirmación coincide con demandas que todas las comunidades aborígenes realizan al Estado: la propiedad de tierras de ocupación tradicional.

Por su experiencia y militancia, Nazareno estableció vínculos con diversos integrantes de la comunidad académica, en particular de las universidades nacionales de La Pampa y del Centro de la Provincia de Buenos Aires. Explica: 'A nosotros nos interesa que el trabajo de un arqueólogo no se pierda en los niveles académicos, que un libro de historia llegue a la comunidad, que un libro de enseñanza de la lengua sea fácil de entender. Los trabajos que el académico hace sin consulta con el indígena no nos terminan gustando. Pero si hay consulta, los trabajos son mejor aceptados. El nivel académico siempre tendrá una distancia con la comunidad, que solo la amistad de quienes tienen capacidad para entender el mundo indígena podrá achicar'.

De los muchos ejemplos de trabajo de antropólogos en coordinación con comunidades indígenas, algunos en el campo de la antropología biológica han incluido la custodia compartida de los restos humanos hasta su entierro definitivo, el nuevo entierro de cuerpos exhumados en forma accidental o fortuita y estudios genéticos para reivindicar tierras comunitarias.

La visión de los antropólogos

Para los antropólogos no hay conflicto conceptual entre buscar conocimiento científico y cumplir con las disposiciones de la ley 25.517, si bien armonizar ambas cosas significa cambiar moldes de pensamiento y prácticas que hace unas décadas eran rutinariamente aceptados. Con esta salvedad, se puede ver en las restituciones una oportunidad de enriquecer el conocimiento de todos mediante los vínculos que generan y el diálogo que se establece entre miembros de los grupos indígenas, investigadores, funcionarios públicos e integrantes de entidades de la sociedad civil.


Llevar a cabo una política de restitución por parte de museos significa para quienes los dirigen, los antropólogos

de diversas orientaciones, los historiadores, los museólogos y el resto del personal técnico y de gestión de esas instituciones adoptar una mirada moderna sobre la historia y presencia en la sociedad actual de los pueblos indígenas y sus descendientes. Implica también aplicar esa mirada a la gestión de colecciones, la investigación y las labores educativas, incluidas las exposiciones, que realice el museo. Lo anterior genera consecuencias en la enseñanza, y no solo la universitaria, pero esto es harina de otro costal.

Dado que las restituciones requieren interactuar con diversos actores externos a los museos, constituyen acontecimientos que atraen la atención del público, los medios y el sector político. Además, a menudo existen intereses en pugna en torno a ellas. De ahí que los museos necesiten definir políticas de relaciones institucionales y de comunicación, actividades que normalmente les han sido ajenas.

'Todos tenemos responsabilidad sobre los antepasados'

Esta afirmación que hizo Nazareno Serraino en algún momento de nuestra conversación es un buen título para algunas consideraciones finales. El regreso de los muertos a sus tierras trasciende la relación entre científicos y comunidades indígenas, porque es también un acto de reparación histórica. Cada restitución ayuda a la sociedad a comprender que los grupos aborígenes son parte de ella y a superar la mentalidad del pasado, que los veía como un obstáculo al progreso y consideraba meritorio marginarlos, pues entorpecían la construcción del Estado nacional.

Si bien solo se trata de restos humanos, para determinados grupos tienen una fuerte carga simbólica y emocional, son vehículo activo de representaciones y un factor de cohesión social. Permiten crear conocimiento científico, dan la oportunidad a hacer el luto y crean espacios para la memoria. Mariano Rosas, como sucede con otros muertos, se convirtió en una fuerza convocante de la comunidad de los vivos. 

La autora agradece a Nazareno Serraino por su tiempo y disposición a conversar, y a Marta Reca, Silvia Ametrano, Ana Ottenheimer y Liliana Tamagno por sus observaciones.



Marina L. Sardi

Doctora en ciencias naturales, UNLP.

Investigadora independiente del Conicet en el Museo de La Plata.